

**E**l PNV es el partido que más caro está pagando el 'precio' de la paz y la normalización a causa del regreso de la izquierda abertzale a las instituciones. Un coste que los jeltzales no podrían atenuar apuntándose a la inauguración de «una nueva etapa histórica en Euskal Herria» porque se les iría de las manos. La pérdida de espacio electoral a favor de Bildu antes y de Amaiur el próximo domingo solo la compensarán -y solo en parte- si consiguen volver a Ajuria Enea. Claro que a este paso necesitarán alojar en la presidencia del Gobierno no un lehendakari al uso sino un trapezista capaz de hacer bascular el péndulo patriótico unas cuantas veces al día, procurando alternativamente el favor de la iz-



quierda abertzale y la comprensión del Ejecutivo central.

El PNV ha imbuido en su gente una cultura política que hace de la excepción la regla. Resulta excepcional que un partido acaparase durante tantos años el gobierno de las instituciones con un porcentaje de votos que nunca superó el 41%, y que desde la escisión de EA en 1986 hasta 2004 se man-

tuvo por debajo del 30%. Como fue excepcional la ventaja que la ausencia de las instituciones primero, la presencia intermitente después y la ilegalización por último de la izquierda abertzale concedieron al PNV. También excepcional que tras verse desalojado del Gobierno vasco en 2009 el EBB lograra apurar las posibilidades que le ofrecía un Zapatero en

dificultades para cumplir con su advertencia de que lideraría el país desde la oposición. Aunque, en otro plano, resulta igualmente excepcional que haya perdurado el sistema jeltzale de incompatibilidades entre cargos internos y cargos públicos. La normalización tenderá a corregir el equívoco entre la excepción y la regla.

Tras la salida del Gobierno vasco, la respuesta electoral que los jeltzales recibieron en los comicios locales del pasado mayo fue más que apreciable teniendo en cuenta la irrupción de Bildu: solo bajó del 31,8% en 2007 a un 30,74%. Pero esas mismas elecciones agudizaron la doble contracción que venía experimentando el PNV: territorial y orgánica. Se ha replegado hacia Bizkaia y más en

concreto hacia Bilbao. Y ha tendido a empequeñecerse en cuanto a estructura humana, no sobrándole precisamente los líderes con arrastre interno y externo. Esa doble contracción tiene algo de irreversible y podría dar lugar a una tercera si acaba afectando al arraigo social del partido. El domingo lo comprobaremos.

Con la excepción de Azkuna en Bilbao, el PNV no cuenta con ningún candidato que pueda aportarle más votos de los que obtiene el propio partido, y cada vez son menos los dirigentes en condiciones de situarse a la altura del atractivo y de la solvencia que ofrecen sus siglas. Hace unos años los jeltzales se jactaban de poder nominar a cualquiera de sus afiliados como candidato a lehendakari. Hoy las

opciones se les reducen prácticamente a una única persona que, al parecer, es también la única aspirante a la presidencia del EBB. Entre otras razones porque la contracción experimentada limita la disposición interna a admitir a cualquiera. El cruce de rechazos de cada sector del partido respecto a militantes significados de otro sector adquiere en ocasiones las características de una sorda espiral cainita que reduce el plantel directivo. Y no siempre obedece a cuestiones de orden político, ni siquiera al encuadramiento territorial. La contracción es una bajada de marea que deja al descubierto grupos de influencia, complicidades y animadversiones internas. Cualquiera se vuelve incompatible para cualquiera.